

Un anillo en un cenicero

Aquella tarde de diciembre de 1956, dejó que la pesada puerta del portal de la calle Mayor tronase a sus espaldas.

Envuelta en una desacostumbrada orfandad, caminó aferrada a su bolso por la acera. El sonido de sus tacones acaparó sus pensamientos, pareciendo salvarla de la mirada compasiva del matrimonio que en silencio percibió su desesperado desorden, del humo de la calada del hombre que le dedicó una impúdica mirada, del mar de asfalto y vidas ajenas que se extendía ante ella, de la luz mortecina de otra tarde de rutina en casa, con los niños y su marido leyendo el diario en el sillón, regalándole sonrisas volátiles que bien pudieran desconocer las mentiras que acosaban su marchito matrimonio.

Al llegar a la puerta del Sol, dejó que una lluvia aún fina y lenta se confundiese con sus lágrimas. Acarició su frío anillo de casada, y se recordó que fue el mismo día en que su marido lo colocó en su dedo cuando se desvanecieron los consejos de cuantos, durante su breve noviazgo, le previnieron de una condición de su marido que sólo fue capaz de asumir aquella misma tarde, después de encontrar en su cuello el perfume y los labios de otra mujer.

Huyendo de la lluvia, entró en una concurrida cafetería y tomó asiento en una mesa al fondo. Con la misma facilidad que se desprendió de su abrigo, retiró de su mano su anillo de casada y lo posó sobre el mugriento cenicero. Pidió un café, y en el mismo instante en que abrigó sus manos sobre la taza, sus ojos se posaron sobre los de un hombre que la contemplaba desde la barra. Entonces aún desconocía si aquella mirada era la de quien puede serlo todo o la de quien acompaña fugazmente otra soledad.